



## Ponente

**FRANCO NEMBRINI<sup>1</sup>**

Profesor de literatura y ensayista

Estoy muy contento, estoy claramente honrado, aunque la presentación que se ha hecho me pone en gran dificultad. En algún momento he estado temiendo que estuviera hablando de otra persona que me gustaría conocer realmente, porque ha dicho muchísimas cosas extraordinarias, cuando yo creo que, lo digo enseguida, no tengo nada nuevo para decir, no tengo ninguna teoría pedagógica innovadora para presentar aquí, no tengo respuestas a vuestros problemas, no tengo recetas que os puedan, mágicamente, solucionar el drama de la educación que vivimos todos.

En cambio, lo que sé hacer, y la razón del por qué estoy aquí, luego vosotros diréis si es cierto o no, decía, la razón de por qué estoy aquí es que, de educación, no es que entienda mucho, no es que sea un teórico muy profundo en ello, simplemente he visto mucha educación, eso sí lo puedo decir.

Cuando mis amigos escribieron este libro recopilando una serie de conversaciones que tuvimos en diferentes escuelas e institutos, yo sugerí como título “He visto educar”, porque me parecía algo más correcto, que se correspondía más con el contenido, y como yo no tenía ninguna teoría para explicar, yo simplemente cuento lo que he experimentado, lo que he visto. Luego la editorial dijo “es difícil ese título, he visto educar”. No sé, no entiendo por qué es difícil, pero, bueno, a mí me parece muy fácil.

Pero era el título que había elegido, porque simplemente quería contar lo que he visto, lo que he vivido, en primer lugar, como hijo; en segundo, lugar como padre; y como educador, habiendo impartido clases. Durante 40 años he visto muchas cosas, y lo que intento hacer ahora es algo muy sencillo, es decir, intentar sacar un poco el resultado de estos 40 años con los jóvenes.

Os digo, en síntesis, lo que creo haber entendido acerca de la cuestión educativa. Empiezo diciendo que me han impactado, sobre todo,

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

dos cosas. Cuando voy a sitios a hablar de educación, de escuela, por un lado, tenemos una gran confusión, una confusión en el sentido de que... lo digo mal igual, pero voy a unos encuentros de asociaciones, de escuelas, con profesores, instituciones, etcétera, pero al final, cuando empiezan a hablar de educación, hablan mal de la familia.

Cuando voy a conferencias de esas, grandes familiares, al final es como si se encontraran allí para hablar mal de la escuela, y si en algunos casos hacen una conferencia juntos, es para hablar mal de la sociedad o incluso de los jóvenes. Basta, ya está, yo ya no puedo aguantar esto, porque es como si estuviéramos dando siempre vueltas alrededor del problema, sin detectarlo realmente.

Por un lado, es eso. Por otro, yo creo que mi temor es que haya una mentira, una mentira que queremos realmente mantener. En cambio, lo primero que me gustaría deciros es hacer un llamamiento, es algo que hago siempre, para la verdad. Necesitamos verdad, hemos estado mintiendo por demasiado tiempo, por lo menos en Italia, pero creo que, desde ese punto de vista, hemos estado viviendo unas temporadas y dificultades muy parecidas o idénticas, por lo tanto, creo que puedo afirmarlo también por lo que atañe a España, porque he visto que es cierto también en Kazajstán, en Bielorrusia y en África. Por lo tanto, aquí tiene que ser cierto también. Hemos estado mintiendo por demasiado tiempo, durante demasiado tiempo, precisamente en la cuestión educativa.

Cuando afirmo que necesitamos un gran acto de valor, una afirmación de verdad, es simplemente acerca de todo esto. Es decir, intentemos parar un momento y preguntarnos qué es la educación. Porque es como si lo diéramos por sentado, es como si todos supieran qué es. Luego, en cambio, acabamos hablando de algunas de las consecuencias de la educación, de algunos de los problemas reales, ciertos, pero que son problemas, digamos, segundos, no digo secundarios como si tuvieran poca importancia. Son problemas reales, pero que llegan en segundo lugar.

Es decir, podemos hablar de la reforma de la escuela, es cierto, es un problema real; podemos estar hablando de la relación entre la escuela y el mundo laboral, claro, es cierto, es un problema que existe. Podemos hablar y razonar acerca de la educación y la afectividad, la sexualidad, etcétera. Todo está bien. O de las redes sociales, de los smartphones, de Internet, es un problema.

Es cierto que son problemas, pero son problemas que llegan en segundo lugar. Es decir, yo creo que podremos enfrentarnos a ellos si los

podemos ordenar. Podemos atribuir el justo peso a estos problemas con relación a lo que es la educación. Porque, de otra forma, siguiendo así vamos a conseguir un solo resultado, es decir, el peor de los resultados: el miedo a los padres.

Otro aspecto, otra cuestión que me impacta es que, desde hace unos años, parece ser que la característica a nivel emotiva, a nivel psicológica, de los padres, sea el miedo, el miedo a los hijos, el miedo a la educación, miedo a la responsabilidad, miedo al mundo. Un miedo que se traduce incluso en el miedo a tener hijos. Cuántas veces hemos estado escuchando el chiste: “en un mundo así, ¿cómo podemos engendrar hijos?” Es una blasfemia contra Dios, contra el hombre y contra todo claramente. Es la negación de toda esperanza y de todo bien.

Para poder ganar en contra de este miedo, hay que ordenar las cosas, empezando desde el principio. Por lo tanto, lo que quería hacer... porque estoy intentando conseguir el objetivo que queremos. Es decir, ahora os voy a explicar cómo entiendo yo la educación.

En primer lugar, es algo simple, no es fácil, pero es simple. Dejemos de creer en lo que la sociedad nos quiere decir. Hoy en día, para educar, una madre tiene que tener a sus espaldas un equipo completo. Si no tenemos el sociólogo, el dietólogo, el sexólogo, el psicólogo, el cura, si eres católico, es decir, si no tienes un equipo completo, no puedes educar, porque se convierte en algo demasiado complejo, demasiado difícil, y esta es la primera gran mentira contra la cual hay que luchar.

La educación es algo tan simple, que pasa incluso si tú no lo quieres. Intentemos entender esto. Es decir, la educación, lo digo como creyente, la garantiza Dios, pero si vosotros no fuerais creyentes, si fuerais todos ateos en contra de los curas y enemigos declarados, diría lo mismo. Es decir, mi desafío sería contestar a esta pregunta: ¿es cierto o no es cierto que nuestros hijos se crían exactamente como nosotros y como nuestros padres y nuestros abuelos y bisabuelos? Es decir, llegan a este mundo con una atención, con un deseo, con un... el término bíblico sería corazón, quizás, o si lo preferís, con una razón, es decir, llamadlo como queráis, un alma si queréis, se usaba hace tiempo como palabra para definir esto.

Nuestros hijos, decía, vienen al mundo con algo que Dios, o si preferís, la naturaleza, nos garantiza. Afortunadamente no somos nosotros quienes se lo damos, se lo da Dios. Es un deseo infinito de bien, de belleza, de verdad, de algo muy grande para lo cual merece la pena vivir.

Porque no es difícil. Dios, cuando empezó a trabajar para no quedarse sin hacer nada, dijo “hay que hacer algo, para construir algo”, y construyó

el universo. Tardó unos días, y todas las noches se acostaba feliz, porque le gustaba lo que estaba haciendo, decía: “qué bien que me está saliendo esto, estoy trabajando como un Dios realmente”, y vio que era algo bueno. Todas las noches, viendo lo que iba creando, se complacía de su belleza.

Pero cuando terminó la creación del universo, de la realidad, se quedó un poco perplejo porque algo faltaba. Faltaba algo muy importante. Dios miraba a las cabras comiendo las hierbas, se llenaban la tripa, luego levantaban la cabeza, miraban hacia el cielo totalmente estrellado, y pasaban olímpicamente, seguía comiendo su hierba, y Dios dijo: “no, pues no está bien, a mí me gustaría que hubiera un animal, alguien que cuando termina de tomar unos raviolos, la polenta, la lasaña, cuando levanta los ojos al cielo y mira hacia las estrellas, pueda llorar de conmoción, de gratitud, y se preguntara quién ha sido quien ha realizado todo esto para mí”, o mejor: “¿quién me ha sacado de la nada?” “¿Quién me ha hecho ser yo, que antes no existía, y que ahora estoy aquí?” “¿Quién es el Señor?”

A Dios le faltaba algo en la realidad que fuera capaz de este camino, de hacerse estas preguntas, de tener esta tensión, de esta vuelta hacia el Padre, y creó al hombre. Creo al hombre, es decir, un animal con algo dentro que los animales no tienen. No sé aquí cómo pensáis, pero yo soy de la antigua generación, la que tenía pocas ideas, pero claras: los animales son animales, los hombres son hombres. No hay confusión. ¿De acuerdo? Ahora parece que las ideas no sean tan, tan claras.

Dios hizo al hombre para que hubiera alguien que pueda reconocerle, que fuera capaz de buscarle. Dios ha hecho todo esto hace unos años, y lo hizo también esta mañana. ¿Qué hace Dios todos los días? Crea. ¿Qué es lo que crea? Es decir, mantiene en el ser estas dos cosas: el universo, la realidad, y el corazón del hombre, es decir, de nuestros hijos, todos nuestros hijos, el corazón de nuestros hijos, que es capaz de mirar a la realidad con esa gran conmoción, con ese gran estupor, con gratitud, con preguntas. Con preguntas diferidas también, y heridas.

La educación es precisamente esto. Esto pasa, aunque no quisiéramos, esto pasa. Vosotros, todos estáis educando, aunque no lo queráis, sois educadores. Porque, y llego a las dos imágenes que me gustaría transmitir. Este libro nació precisamente con estas dos imágenes que he estado contando en muchas ocasiones.

La primera: no era todavía un profesor. No, todo lo contrario, todavía no estaba casado, pero ya daba clases. Leí un artículo, hace muchos años, leí un artículo en un periódico importante de Italia, *Il corriere della sera*, en la página dedicada al sector de ciencias había un artículo de un neurosiquiatra

infantil. Un artículo que hoy en día seguramente os podría hacer reír, parece algo muy sencillo, pero hace 40 años me pareció realmente una revolución. Un neurosiquiatra infantil, quizás también ateo, no importa, lo interesante no era qué era, es que no era un artículo del obispo, del cardenal, sino un artículo de la página de ciencias que decía lo siguiente.

Un neurosiquiatra infantil decía que, según su experiencia profesional y científica, sentía que tenía que decir esto. Un niño que está durante nueve meses en una mujer contenta de su vida, ese niño al nacer iba a sentir más fácilmente la existencia como algo grande, como algo que daba felicidad. En cambio, un niño que pasa nueve meses en la tripa de una mujer cabreada con la vida, que no está contenta con su marido, que siempre está enfadada, o incluso a lo mejor una mujer que maldice ese mismo embarazo, ese niño va a ser mucho más difícil que pueda experimentar la vida o sentir la vida como un bien, como algo grande”.

Esta idea nunca me dejó, me impactó muchísimo, era algo que le daba la vuelta a toda mi idea de educación. Es decir, intentad pensarlo, es algo muy fácil: una mujer que tiene a su niño en la tripa, ¿tiene el problema de educar a su hijo? No, no lo tiene. Porque realmente no tiene que enseñar nada a ese niño, es el niño que, con el líquido amniótico, con todo lo que hay ahí dentro, absorbiendo los alimentos, es increíble, lo sé, pero es así, la ciencia lo demuestra, junto con el alimento absorbe también un cierto sentimiento acerca de la vida. Esto acontece. Si hubiera una mujer que, quedándose embarazada, pudiera ir al pediatra y decirle: “Escuche, yo quisiera educar a mi hijo antes de que nazca. ¿Qué le tengo que enseñar? ¿Cómo le tengo que tratar? ¿Le hablo en inglés?” No sé.

Una mujer que estuviera preocupada acerca de la educación del hijo cuando está todavía dentro, es importante ir a ver a alguien bueno para que nos pueda dar un consejo, porque la educación, que es esta cosa que está garantizada por Dios y por la naturaleza, es una visión que os cambia totalmente la concepción de la escuela, de la familia, de la parroquia, cambia absolutamente todo. Cambia todo, porque, si es cierto, hay que tener el valor de poner en crisis lo que pensamos acerca de la educación.

Segundo episodio. Que me ayuda a dar el paso siguiente. Tengo cuatro hijos, todos varones. Dios ha sido bueno en esto también conmigo. Luego les explico el por qué, ahora les explicaré el porqué. A mí me encanta la mujer, escribiré en mi comentario acerca del paraíso y será una revolución cultural, porque voy a entrar a explicar que Dante escribió la *Divina Comedia* para explicar que la gran novedad de Cristo en la historia es la mujer.

Lo suelto aquí, hablaremos, volveremos a hablar de ello, etcétera, así que no estoy hablando mal de la mujer, cuidado. Solo quería decir que es más fácil con los chicos porque se pegan, se dan de hostias, hasta sangran por la noche, y por la mañana se van a desayunar y no se acuerdan de nada. Una mujer te puede reprender durante 46 años si no le has saludado el día de su cumpleaños. Esta es la mayor o menor dificultad.

Bien. Tenía al primer hijo ya con unos cinco o seis años de edad, y una tarde estaba corrigiendo unas tareas que habían hecho mis alumnos, y me dormía, me dormía, no podía estar despierto, y te despiertas, hay una raya roja en la tarea del alumno, y luego le tienes que explicar de dónde viene esa raya roja hasta el fondo de la página. En uno de los despertares que tuve entre medias, me doy la vuelta y vi que mi hijo me estaba mirando, veía solo sus ojos, estaba allí quieto mirándome, y yo le miro y le digo “¿qué pasa?”, como diciendo...

Un niño se acerca a papá y mamá porque necesita algo en general, y él no me contesta. Yo tampoco le contesto en ese momento, no dije nada, pero estuve mirándole con más intensidad todavía, para decirle: “bueno, ¿qué hay, qué pasa, qué quieres?”, y él, en lugar de hablar, me dio una sonrisa espectacular.

Yo siempre digo que he nacido como padre en ese preciso instante, como profesor en ese instante, como profesor, educador, en ese día, porque en ese diálogo sin palabras, mudo, le pregunto “¿qué quieres?”, simplemente con la mirada, y él me contesta con una sonrisa. Es algo que me fulminó. Esa intuición, ese pensamiento, era como si mi hijo me estuviera pidiendo: “papá, asegúrame de que merecía la pena venir al mundo”, y allí entendí qué era la paternidad, entendí qué era la educación.

La educación es ese sentimiento tan positivo de la vida que le transmite un adulto a un niño. No es algo que hay que enseñar, ese es el problema que nos crucifica a todos. No hay que enseñarlo, o está o no está. ¿Lo entendéis? No podemos hablar a los hijos de la felicidad. O eres realmente contento, o no lo eres, y los hijos lo saben.

“Papá asegúrame que merecía la pena venir al mundo”, y allí entendí que nuestros hijos siempre nos están mirando, ya desde el momento que están en la madre, pero cuando salen del cuerpo de la madre y van hacia el mundo, ¿qué es lo que hacen? ¿Cuál es la labor de los hijos? ¿Cuál es la actividad que están haciendo siempre, 24 horas diarias, incluso cuando duermen y tú crees que te has librado? Pues no, te están mirando, te están viendo. Las llevas a la guardería y piensas que ya te has librado durante seis horas al día, pero no es así, te siguen mirando, y te miran siempre. Es decir,

su trabajo los hijos lo hacen, y lo hacen bien. El problema es qué es lo que ven cuando nos miran.

La emergencia educativa no son ellos, somos nosotros. Así que hay que dejar de decir mentiras que son simplemente excusas muy tristes de una generación, la mía, que ya no tiene muchas esperanzas para dar a sus hijos. Este es el problema de la educación católica, especialmente porque una educación que quería ser católica, es decir, llena de contenidos cristianos y al mismo tiempo fuera triste, es algo que no se puede ver realmente, es algo de lo que tenemos que huir.

Así que la educación no es pensar, por ejemplo, en un joven de esta época. Es difícil crecer, es difícil llegar a ser mayores, porque en casa tienes a tus padres, que tienen que enseñarte unos valores. ¿Okay? Muy bien, todo muy bien. Son todas cosas muy correctas. ¿Me entendéis que no estoy denigrando, simplemente estoy planteando el problema?

Los padres tienen unos valores que te tienen que enseñar, muy importantes. Luego vas a la escuela, y allí te quieren enseñar, incluso los libros enteros, una disciplina completa para que puedas llevar a tu cabeza. El domingo vas a la misa y el cura también te tiene que meter algo en la cabeza: Jesús, María, los dogmas de la fe, etcétera. Una persona tiene un mundo de adultos que quieren meterle algo en la cabeza, esta es la realidad, y esto es terrible. Esta no es educación.

La educación acontece por ósmosis, es decir por imitación. Vamos a utilizar la palabra correcta, nuestra palabra: por “testimonios”. Hay que testimoniar. Es decir, nuestra educación tiene que ser un testimonio. Nuestros hijos no tienen que sufrir unos largos discursos, unas homilias enormes, unas reglas y unos mandamientos. Tienen que morir de envidia.

La regla de la educación es que los hijos tienen que mirar a su padre y a su madre, y a los adultos, y morir de envidia, decir: “mira qué bien vive mi padre, cómo puede estar tan feliz en un mundo tan difícil”. “¿Por qué papá es tan contento?” “¿Por qué mamá es tan contenta? Todo está aquí. La emergencia educativa es esta, no hay más cosas que hacer que retomar nuestra vida y preguntarnos para qué estamos gastando esta vida, para qué usamos el dinero, para qué usamos la salud, el tiempo, la inteligencia. Las cosas que hemos estudiado, también, claro, son todos talentos que Dios nos ha dado, pero, ¿para qué? Como adultos, ¿nosotros tenemos como horizonte el mundo entero, o no?

Porque si el problema de nuestra vida es educar a nuestros hijos, no está bien, es muy poco, y para los hijos es demasiado. Es decir, tienen a su madre aquí, que no les deja volar.

Hace años un niño de unos ocho años tenía que analizar la frase “mi madre me quiere”. No “mi madre va a comprar”, sino “mi madre me quiere”. Puso “mía”, adjetivo obsesivo, no posesivo. Mí, perdón, mía es en italiano. Yo sé que es el mayor lapsus freudiano pedagógico ese error gramatical, “mi madre” como adjetivo obsesivo.

Así que, cuando digo esto, lo digo porque me gusta siempre contar cómo han hecho mi padre y mi madre, han estado educado a 10 hijos, yo soy el cuarto, el último nació cuando el primero tenía ya 15 años. Mis padres eran dos campesinos. A mí me ha costado, pero conozco bien un idioma extranjero, el italiano, porque nosotros hablábamos en dialecto bergamasco, es un dialecto muy diferente con respecto al italiano. Mis padres hablaban solo su dialecto.

Entonces han estado educando dignamente a 10 hijos, diciendo, creo, tres palabras por semana. Pero por turnos, es decir, nunca juntas, una u otra. Tenían una vida tan grande para vivir, que no tenían tiempo, espero que entendáis bien, no tenían tiempo de ocuparse de la educación. El secreto de la educación es no tener el problema de la educación, si tienes ese problema de educar a tus hijos, tú eres parte del problema. ¿Lo he dicho bien? ¿Se entiende?

Si tú tienes el problema de vivir, de vez en cuando te das la vuelta, es como si dijeras a los hijos “chicos yo vivo, vivo, vivo a lo grande, vosotros tenéis que elegir qué hacer, pero yo tengo que vivir, y tengo que vivir mucho”, y os lo digo porque es cierto, es así. Creedme, porque si no es cierto, por lo menos escribidme.

Pero, por ejemplo, para confirmar todo esto, yo nunca había oído a unos jóvenes decir determinadas cosas. Solo hace unos 10 años se empiezan a decir de forma explícita determinadas cosas. Ahora tengo que decir alguna palabra no muy elegante, porque voy a usar los términos que usan los jóvenes. Pero nunca había escuchado a chicos de 13-15 años decir “Franco, perdona, pero si es para ser un gilipollas como mi padre, mejor drogarse todas las noches”. Hay una versión femenina también. Las chicas: “si es para estar cabreada como mamá todos los días, siempre enfadada, siempre quejándose, merece la pena drogarse todas las noches”. Que vamos a hablar de matrimonio, paternidad, maternidad.

Pero frente a una generación que nos mira y nos dice esto, nos dan escalofríos, no hace falta un gran acto de valor y de verdad. Chicos de 13 años que dicen “no quiero ser como mi padre”, pero no porque el padre sea malo o porque el padre haga algo malo, simplemente porque es cero, cero como pasión por la vida, como intereses, como ideales.

Se está consumando una tragedia educativa debido a esta falta de propuesta, propuesta tan pequeña, tan nimia. Es como en la escuela, y aquí estamos en una escuela. Pongo un ejemplo que podemos encontrar en nuestras escuelas, porque el problema es el mismo. El director de mi escuela me dice “le voy a enviar a una clase difícil”. Pero ¿cómo pueden existir clases complicadas? Yo no lo entiendo. Pero, bueno, le digo: “¿por qué difícil?” “Porque estos no estudian nada”.

Veamos, porque encontrar a 30 totalmente tontos, todos en una clase, es algo complicado. Para acortar un poco la historia, después de un poco, por lo menos letras empiezan a estudiar. ¿Por qué? ¿Porque soy un genio? No, no es así. ¿Por qué empiezan a estudiar letras, los que antes eran desesperantes? Porque yo no tengo el problema de enseñarles nada. Yo voy allí, si leo al poeta Leopardi, y no sé si conocéis a Giacomo Leopardi, un gran poeta romántico del siglo XIX, que los chicos suelen adorar porque es un desesperado como ellos, si leo a Leopardi, que yo aprendí de memoria con 15 años, porque cuando entré en crisis empecé a amarle un montón, y empecé a leer: “¿qué haces tú, Luna, en el cielo? Silenciosa Luna, ¿qué haces en el cielo?”

Los chicos entienden que no les estoy enseñando algo que yo sé y que ellos no saben. Está aconteciendo algo, me está aconteciendo algo a mí, soy yo quien no puedo leer a Leopardi sin llorar, sin conmoción. Soy yo quien, de repente, la clase desaparece y soy yo quien está con Leopardi, estoy yo dialogando con él. Entonces los chicos se dan cuenta de que está pasando algo, e incluso el más tonto, el más vago, el que no estaba interesado, levanta la cabeza y dice: “¿qué está pasando aquí?” Y si le está aconteciendo algo al profesor, ellos quieren estar allí, y de repente entran allí, ya está. No hay que hacer nada más.

Pero tú tienes que estar vivo, tiene que ser cierto para ti ese Leopardi que estás leyendo. No puedes leerlo para ellos, porque ellos te dicen “profe, qué aburrido Leopardi, Dante, por favor, qué asco, ¿por qué tenemos que estudiar esto?” ¿Qué le vas a contestar? “Porque es parte del programa”. Toma. Pues el programa te lo quedas para ti. “Porque si no, no te apruebo”. Bueno, qué más da. “Porque mañana puede ser útil para ti”. Mañana, para un joven de 13 años, mañana está lejos, miles de años luz. Es decir, no le importa nada del mañana, no existe el mañana. Le puede impactar solo algo que está aconteciendo, algo que le saca de donde está, que le atrae.

La educación en la familia, en la escuela o en la Iglesia es precisamente esto. Es un acontecimiento que involucra al adulto de una

forma tan arrolladora que el niño que viene detrás observa, despierta su curiosidad y envidia la grandeza de la vida del adulto.

Porque todo esto tiene una serie de consecuencias. Tratar de imaginar una serie de consecuencias infinitas. Por ejemplo, la educación católica. Pongo unos ejemplos un poco malos, pero solo para aclarar, no quiero que nadie se vaya enfadado.

Imaginemos un papá que va por la calle con su hijo de cinco años de la mano. Están caminando, y de repente ve un árbol, y en el árbol está Zaqueo, ¿okay? Un ladrón, un mafioso, un pedófilo. Es la concentración de todo el mal posible. El buen padre católico le tapa los ojos al hijo, y le dice “no mires allí, porque está toda la maldad allí, mejor cambiemos de camino y vamos a la Iglesia a rezar un poco, así podremos eliminar el mal”. Esto no va a funcionar nunca. Porque si haces así, como en todos los ejemplos, si haces esto, a tu hijo se le quedarán dos ideas muy claras. Es decir, mi padre ha perdido, es decir, mi padre tiene miedo de lo que está en el árbol. Mi padre es un cobarde, es una persona que han ganado.

En segundo lugar, en el árbol tiene que haber algo fantástico, porque si no me deja ir hacia allí, claramente tiene que ser algo increíble, y por la noche tengo que huir e intentar entender quién está en ese árbol.

Si, en cambio, el padre tuviera que hacer algo diferente y decir... No le lleva allí, y dice: “espera un momento, que tengo algo que hacer”, y le dice: “Zaqueo, voy a cenar a tu casa esta noche”, este hombre baja del árbol para preparar la cena, y dice: “bueno, esta noche vamos a cenar fuera, llama a mamá, y dile, mira, esta noche vamos a comer a casa de alguien”, el hijo se lleva a casa dos ideas: “mi padre es un ganador, mi padre gana en contra del mal, mi padre no le tiene miedo al mal”. Tiene delante de sí un bien tan grande, esa certeza de la fe, esa certeza de la presencia de Cristo del que hablaba ella antes, mi padre ha ganado en contra del mundo. “No tengáis miedo, porque yo he ganado”.

En segundo lugar, ya no hay nada que ver en el árbol. Es decir, no hay nada para poder huir de casa y hacer algo diferente, porque lo bonito es la vida de mi padre. Así que no tengáis miedo de decir: “yo he ganado el mundo”, esta es la revolución que necesitamos. Es decir, esta es la verdad que necesitamos. Somos nosotros, como padres católicos, y pongo también a curas y monjas, porque cada uno así puede hacer su parte, que ya no estamos convencidos de ello. Es decir, criamos a nuestros hijos dentro de otra gran mentira, es decir, que el mal gana. Gana. y el mundo es este átomo opaco del mal, y nuestros hijos aprenden, y, ¿qué es lo que dicen? Dicen “qué asco todo esto”. Pero se lo has enseñado tú que es todo es un asco.

No te quejes luego, con 15 años, digan “qué asco la Iglesia”, “qué asco la escuela”, “qué asco la familia”.

Desde niño llevamos diciéndole “cuidado, porque el mundo...” “ten cuidado, quédate aquí con mamá, porque afuera hay un mundo donde todo el mundo te engaña, todos son delincuentes, pedófilos, no hay que confiar en nadie”.

A los 15 años, estos 2 y 2 son 4, pues saca su consecuencia, y dice: “pero qué asco de mundo es este”. Esta es una mentira. El mundo es bellissimo, el mundo está lleno de bien, el problema es levantarse y salir con nuestros hijos para ir hacia un mundo que es estupendo.

La educación es fácil. No hay que hacer ninguna homilía. Aquí termino con este ejemplo, que me parece muy significativo en este contexto.

Hace unos años, cuando eran todavía pequeños mis hijos, los dos primeros iban a la universidad. En la mesa dije: “chicos, en unos días es la fiesta de todos los santos, vamos a ver a un santo”. Para mí era un chiste para que se rieran, era un chiste realmente, parecía una tontería: “vamos a ver a un santo”.

Y mi segundo hijo se quedó un poco impactado, y dice “bien papá, es una buena idea, me gusta, vamos”, y le dije: “pero, ¿tienes la dirección de algún santo en la universidad?” “No sé, ¿dónde vamos?” Y él, muy serio, me contestó: “papá, yo conozco a un santo, es un compañero que tengo en la universidad y que está falleciendo por un tumor”. “¿Ese es un santo? Si quieres, vamos a verlo”. ¿Qué tenía que hacer? Cogí el teléfono, llamé a esta familia, a 400 kilómetros de distancia, les llamé y le dije: “señora, pasa lo siguiente, mi hijo me ha dicho...” “¿Podemos ir?” “Claro, claro, podéis ir”.

Por la mañana, muy temprano, salimos y fuimos a ver a esta familia. Ha sido una jornada impresionante. Durante la comida, ellos tenían cinco hijos, este era el mayor, iba a la universidad, llegó la camilla con la flebo, estaba paralizado, ya no podía ni siquiera hablar, solo podía mover la mano derecha. Él ha llegado con nosotros alrededor de la mesa para poder escuchar, y en cierto punto la madre recibe una llamada por teléfono y contesta a no sé quién, y dice: “ha sido una semana infernal”, y tenía razón porque el hijo había sido hospitalizado tres veces en urgencia en una semana. Pero el hijo enfermo se puso muy nervioso, pidió un trocito de papel, y, ¿sabéis qué escribió, qué le escribió a su madre? “Habla por ti”.

Falleció en enero, dos meses después. Pero a la madre, que dijo “una semana de infierno”, le contestó “habla por ti”. Me acuerdo como si fuera hoy. Esa noche volví llorando a casa, mis hijos dormían, mi mujer dormía, yo conducía, lloraba parcialmente por la conmoción, por la historia de

sufrimiento de este joven, pero lloraba también por la alegría, porque pensaba: “mira qué fácil es educar”.

Hoy no he hecho ninguna homilía, no hemos controlado ninguna tarea, no hemos hecho la maldita pregunta que les causa una úlcera a los hijos de todo el mundo: “¿cómo te ha ido hoy en la escuela?”, que habría que prohibir a nivel constitucional. Hay que detener a las madres si hacen esta pregunta a los hijos. Es decir, no hemos hecho ninguna homilía, ningún discurso, hemos ido simplemente a ver el bien. Pero ¿os dais cuenta de cuánto bien hay, y cuánto hacemos para convencer a los hijos de que todo es un peligro, que todo es un asco, que todo está mal?

Confiar en el bien y que vosotros podáis ir a ver por vuestra cuenta, y en vuestros hijos nacerá esa curiosidad de todo ello.

Es algo que quiere el médico, es una alarma que no puedo borrar, eliminar. Maldita sea, qué nervios.

Luego nos enfrentaremos a todo lo demás: tecnología, afectividad, sexualidad, el móvil. Son todos problemas reales, no digo otra cosa, pero, si no existe esa premisa acerca de lo que es la educación: un gran testimonio y una gran misericordia a estos chicos, nadie los quiere, ni siquiera nosotros muchas veces, amar, y esto merecería otra conferencia aparte, que haremos otra vez. Pero querer significa perdonar. El perdón precede la culpa. No es un acto que el adulto hace, dice “hijo, has sido un tonto, y como yo soy bueno, pues te perdono, la siguiente te voy a matar a palos, pero esta vez te perdono”. El perdón no es así, el perdón llega antes.

El perdón es lo que mi padre, que yo sentía que me miraba así, el perdón es esto, en esto está el amor que Dios nos ha estado amando, en primer lugar, antes de ser pecadores, querer a sus hijos es esto, es mirarlos y saber que podrías dar, en este mismo momento, la vida por ellos. No “si dejas de drogarte”, no “si empiezas a estudiar”. Con muchos “sí”. Yo te quiero bien, si... no es cariño. En italiano se llama algo que no está bien, si con 20 años el hijo tiene que sentir que tú tuvieras que dar tu vida para él, así como es.

En cambio, nosotros, especialmente a veces las madres tienen esta fórmula universal en África, funciona igual en todos los sitios, que es como decirles a todos los hijos: “claro que te quiero, soy tu madre, claro que tu papá te quiere, con todos los sacrificios que ha hecho para estudiar, y blablablá”, y ya este es un peso enorme que te va matando. “Pero cuánto bien te quisiéramos papá y yo, si tu...”, y la fórmula universal de las madres es esta: “si tú por lo menos llegaras al cinco en

todas las materias, maldita sea, que llevas desde los seis años, que tienes la capacidad, pero que no te implicas”.

Y casi siempre en todo el mundo funciona así: “yo te pudiera querer, pero si tú no lo haces”, y el hijo no siente este amor que nosotros queremos mandar. Lo que graba es como un chantaje, que no está bien.

En cambio, nosotros tenemos que quererle, no sé, haced como queráis, pero creo que hay que recordar todo ello, hay que ayudarse, apoyarse. Por la mañana, cuando te levantas y sientes a cuatro fieras que son unas bestias, los cuatro eran terribles a esa edad, oías unos ruidos de jungla en la cocina, parecía una granja de cerdos. Yo decía: “no pueden ser mis hijos estos”, pero tú estabas todavía con el tirador en la mano, y decir: “Señor, qué bonito es esto, estos son mis hijos, y yo estoy contento de que existan”.

Luego abres la puerta y les vas a moler a palos, y gritas porque no se hace así, porque no hay que eructar, tirarse pedos y lanzarse los bocadillos, y luego haces lo que quieras, porque tus hijos irán a la escuela y no recordarán que los has insultado, porque ellos lo saben, y recordarán algo que misteriosamente han oído: que antes de abrir la puerta, con el tirador en la mano, tú estabas contento de que existieran. Esta es la misericordia, este es el principio de toda educación. Sin esto no hay educación.

A los profesores les pasa lo mismo. Con el tirador en la mano el primer día, la primera hora, tú tienes que decir: “Señor, estos son mis alumnos, me los has dado, y hasta el último día, la última hora del último día son mis alumnos, y yo quiero dar la vida para ellos”. Luego entras y dices: “desgraciados bellacos, hay que estudiar”, te enfadas, les pones partes, haces lo que quieras, pero ellos ya han escuchado ese acto de amor antes de que entraras, y es lo único que les interesa, y un profesor así sacará sangre incluso de los rábanos, es un dicho que tenemos nosotros: sacará hombres, hijos de Abraham, incluso de las piedras.

Si tú, con el tirador en la mano, antes de entrar dices: “bellacos, al director le había dicho que no quería esta clase, ya no quiero hacer esto, ya no tengo ganas, siento que estos me van a arruinar la vida”, y entras, y como eres educada, pones una sonrisa de circunstancia y dices: “buenos días, niños”, pero ellos han percibido tu odio, y nunca aprenderán nada de ti. Esta es la cuestión de la misericordia, y aquí termino.